

Enrique corrió hasta la cerca, abrió la puerta que daba á la alameda y huyó despavorido á través de los prados verdegueantes, de los trigales cubiertos de apretadas espigas, de los senderos bordeados de plantas lujuriosas, que alumbraba débilmente, ya en su ocaso, la luna.

FIN DE LA NOVELA

EPÍLOGO

---

## EPÍLOGO

Cuando he terminado la lectura del manuscrito he experimentado el deseo invencible de hablar con su autora. Así, pues, he esperado con impaciencia la hora en que acostumbro á visitarla. Al sonar las nueve, he salido de casa atropelladamente y me he encaminado á la elegante vivienda de mi ilustrada y hermosa amiga.

Estaba sola, cerca del fuego, reclinada en la misma butaca de borlones en que la ví la última vez. Saludóme con un gracioso y cortés ademán y, una vez sentado á su lado, la entregué el manuscrito.

— ¿Qué le parece á usted mi novela? — me preguntó con aire que afectaba ser distraído.

— La novela... ¿Pero es que eso es una novela? Lo que en ella se cuenta ¿no ha sido real y verdadero? ¿Los personajes que en ella intervienen ¿no han vivido, sentido y palpitado?

— No, amigo mío — replicó la dama apoyando su mano aristocrática sobre el aterciopelado brazo del asiento. — Mi novela es novela, y como tal tiene usted que juzgarla.

— ¿He de decir entonces las cosas como las siento?

— ¿Quién lo duda?

— Pues bien — he dicho un si es no es turbado. — Como historia, me habría inspirado interés. Como novela... no me agrada.

— Veo que es usted del todo sincero y por ello he de felicitarle. No extrañará usted, sin embargo, que le pida que amplíe su juicio — ha pronunciado Octavia dejando vagar su mirada por las molduras y los cortinajes.

— En primer lugar — me he atrevido á decir, — su novela de usted es una narración de corte antiguo. Hoy la novela es, ante todo, psicológica.

— Fisiológica, querrá usted decir — ha interrumpido la autora del manuscrito.

— Todo á un tiempo. Ya sabe usted que hemos convenido en que los dualismos se han acabado, en que ya todo es psico-físico, en que...

— ¿Y nada de eso hay en mi novela?

— Faltaba para ello — he seguido — dibujar con más precisión los caracteres. Su tocaya de usted no me disgusta, pero hay en su carácter contradicciones evidentes. ¿Quería ó no quería á César?

— ¿Pero es que eso puede ponerse en duda?

— A veces sí. No se comprende que después de morir por ella, le haya olvidado.

— ¿Y usted sabe que le ha olvidado? Amigo mío, eso que usted dice no está en la novela.

— Se dice allí que sentía por su esposo verdadero afecto y, sin embargo, se la encuentra fría, poco impresionada cuando le ve herido gravemente.

— Veo que parte usted del principio de que los actores de un drama deben ser *de una pieza*, inflexibles, lógicos siempre, constantes en sus opiniones y afectos. ¡Lástima que en la vida no sean las gentes así! Combatidos por mil ideas distintas, solicitados por cien pasiones diferentes, desmentimos hoy lo que hicimos ayer. Basta á veces un malestar ligero para que el cambio que en nosotros se verifica asombre á cuantos nos rodean. Así, no hemos de pedir á los héroes de la ficción una firmeza de carácter que no hallamos en los personajes de la realidad.

— César es — he seguido — un ser grotesco y, por eso, su carácter carece en absoluto de consistencia. Unas veces es un hombre de carne y hueso, que vive y alienta, sufre y ama con pasión y, si se quiere, con furor satánico. Otras es un asceta que desprecia todas las cosas del mundo y no se conmueve ante los más enajenados transportes de la mujer amada.

— Es como han sido todos los místicos y, singularmente, todos los místicos españoles. Ellos han proyectado siempre sobre el empíreo las siluetas de los seres vivos á quienes han amado. Porque cielo es siempre para nosotros lo que queremos. Lea usted las obras de los más renombrados místicos; sustituya usted en ellos el nombre de lo que en ellas es ensalzado por otro de hombre ó de mujer, según sea el sexo de quien escribe, y tendrá usted la expresión de una pasión, honda, sin límites, gigantesca, pero siempre terrena.

— ¿De modo — he preguntado — que usted afirma que el misticismo puro, desligado de todo humano afecto, no ha podido jamás existir?

Octavia no ha vacilado al contestar.

— No. Jamás ha podido existir; porque no somos inteligencias servidas por órganos, porque no tenemos sólo espíritu, porque no somos ángeles. Vea usted el *Inferno* dantesco y no hallará usted en él sino los dolores y sufrimientos que el autor ha visto en el mundo. Lea usted en cambio su *Paraiso* y encontrará usted todo vago, todo indeciso, como algo que no se comprende y en que sólo hay una cosa real y corpórea: la figura de Beatriz. ¿Qué culpa tengo yo de que los hombres no puedan contemplar lo Absoluto sino á través de lo limitado ni entrever un cielo que deje de parecerse á la tierra?

— Es esa cuestión muy espinosa, Octavia — he

afirmado, deseando cortar la polémica. — Así lo mejor es dejarla de lado y señalar en la obra nuevos defectos. No ocultaré á usted que uno de ellos está en el lenguaje de Nila, de Catalina, de la tía Geta, de Nicanor, Juanillo, Diego y Nicasio. Todos se expresan *demasiado bien*.

— Lo contrario sería harto más sensible — ha contestado al punto mi amiga. — Es mucho más fácil al lector estropear el lenguaje que pulirle. Así puede cambiarle á su gusto sin más esfuerzo que el que supone echar las cosas á perder. Además, no soy de la opinión de quienes piden al novelista que use el lenguaje de los presidios, de los talleres ó de las tabernas. Lo que hay que reflejar es el estilo propio de cada personaje, no las faltas que cometer pueda al hablar, ni menos las interjecciones con que pretenden sazonar la conversación las personas mal educadas.

— Hay en la novela — he dicho algo picado al ver la rapidez con que Octavia salía al paso de todas mis objeciones y críticas — situaciones sobrado violentas. Citaré una sola: la confesión. El penitente sólo se acusa allí de un pecado, pero lo refiere con tantos detalles que el propósito de horrorizar al lector aparece patente. Es notable además la rapidez con que el delito pasa en el cerebro de Enrique de pensado á consumado, sin la elaboración que requiere tal género de ideas. Enrique nada tiene de enfermo ni desequilibrado, y todo criminal...

— Alto ahí — me ha interrumpido la hermosa autora del manuscrito. — Eso de que todo criminal es un desequilibrado es una verdad como un templo. En condiciones normales, con organización y funcionamiento normal y en un medio normal, sólo lo normal hace el hombre. El delito es siempre anormalidad y la anormalidad supone desequilibrio. Pero no vaya usted á creer por ello á todos los delincuentes locos rematados que salen hablando disparates; porque eso, ni el monomaniaco Lombroso se ha atrevido á decirlo.

¿Cómo quería usted que fuera la confesión? ¿Una relación detallada de todas las faltas y pecados menudos? Así serán ciertamente las de los niños y las mujeres; las de los moribundos jamás son tales. El detalle que no afecta á lo grave de su contrición les escapa. Su obsesión es descargar la conciencia del delito que les abruma; no de las pequeñeces que necesitan en el recuerdo ser buscadas con microscopio. Y refieren su culpa más grave con lujo de detalles, eso sí, porque es la futura sanción de tal culpa lo que les llena de terror. Pero dan los detalles de lo externo, jamás del propio proceso criminal que en ellos se verificó y el cual ignoran.

Hemos permanecido en silencio ambos durante unos cuantos minutos. Yo miraba con atención á aquella mujer misteriosa, mientras ella apagaba y encendía alternativamente, sin más que oprimir el

botón de nácar y cortar ó establecer la corriente, el fuego de la estufa.

— Hay una cosa que me disgusta sobre todas en la novela — he comenzado nuevamente. — El lector queda sin saber lo que ha sido de los personajes, y esto le produce gran confusión. ¿Qué fué de Nila, de Nicanor, de cuantos en la novela intervienen? ¿Es justo dejar á las gentes sin saber cómo termina un drama cuyos incidentes siguió paso á paso?

— Aceptado el criterio de usted — ha replicado sonriente Octavia, — ninguna novela debiera terminar hasta dejar á todos los personajes muertos y sepultados. Bien sé que lo tradicional es esto ó decir que vivieron felices. ¿Usted cree de buena fe que se puede vivir feliz sin que esa felicidad se turbe ni aun para despedirse del mundo? Pues bien, excepto el protagonista y Enrique, ninguno de mis actores ha muerto. Ponga usted que son muy felices y habrá usted salido de dudas.

— ¿De modo que Nila...?

— Feliz en su inconsciencia.

— ¿Nicanor...?

— Feliz en Barcelona, en donde este año terminará con gran brillantez su carrera de ingeniero industrial.

— ¿Juanillo y su mujer...?

— Felices con su patulea.

— ¿Diego...?

— Feliz con sus refranes.

— Pues bien — he interrumpido levantándome del asiento. — Hay en la novela un personaje que no puede ni debe ser feliz, y ese es Octavia. ¡Y, si lo fuera, el autor nos habría engañado miserablemente al pintárnosla buena y generosa, porque su contento demostraría que era mil veces peor, más infame y odiosa, que el más empedernido criminal!

\* \* \*

Me he arrepentido al punto de mis palabras imprudentes. Octavia ha llorado. Ha llorado en silencio, durante largo rato, escondiendo la cara en su fino pañuelo de batista, sintiéndose presa de violentas sacudidas y sin poder dominar sus continuos y tiernos sollozos. Yo he permanecido de pie, con respeto, con conmiseración, dolido de mi propia imprudencia. Después de todo, ¿de qué tenía yo que acusar á aquella mujer? ¿No vivía sola con Cesarina, retirada del mundo, sin recibir á nadie excepto al Barón, hombre de cierta edad que no podía dar motivo á injustas sospechas? ¿Era su amabilidad para conmigo, su cortesía y la distinción de que me hacía objeto lo que le echaba groseramente en cara? Hubo un momento en que esperé verla alzarse del sillón y señalarme la

puerta con un gesto de reina ofendida. Y me vi saliendo, cabizbajo, avergonzado de mi acción inicua, de no haber acertado á ver bajo una máscara de digna frivolidad un remordimiento sin límites y un dolor sin consuelo.

Pero luego, llevado de esa crueldad brutal de que son casi siempre objeto las mujeres por parte de los hombres, me dije que no merecía compasión ni respeto. Hay trances en la vida tras los cuales no hay derecho á vivir sino á trueque de encanallarse. Después de ciertas amargas y, sobre todo, de ciertas culpas, no es lícito vivir un momento más. Por inocentes, por puros que seamos, por ajenos que nos juzguemos á las causas que provocaron la catástrofe, nos siguen las sombras y, entonces, hay que saber morir como Bruto, antes que vivir como Casio.

Octavia ha debido comprender cuanto yo pensaba; porque se ha enjugado los ojos enrojecidos por el llanto, se ha levantado del asiento y, cogiéndome la mano con la suya nerviosa, helada, que temblaba cual la de un epiléptico, me ha llevado hasta la puerta de la habitación inmediata y ha alzado el cortinaje.

Cesarina dormía en su cuna de raso. Dormía, y sus pestañas negras realzaban la blancura de sus mejillas de nieve y rosa. Sobre sus sienes caían en bucles las rubias guedejas como cascadas áureas sobre una superficie de mármol pentélico.

Ha contemplado á la niña con arrobamiento, con infinito amor, con indescriptible dulzura. Vivía... porque la *Dictadora* la mandaba vivir. Aparentaba felicidad, porque la inflexible Naturaleza le imponía la dura necesidad de aparentarla.

\* \* \*

— Entonces — he dicho turbado, una vez sentado de nuevo junto al fuego, — esa niña...

— Esa niña debe ignorarlo todo, excepto que quien la dió su nombre murió en América, á donde fué antes de ella nacer, á gestionar asuntos particulares. Si ella conociera mi culpa me despreciaría tal vez, y entonces yo moriría dejándola en el más horrible y triste abandono.

— En aquella noche terrible ¿qué fué lo que ocurrió, después que Enrique salió huyendo á través de los campos?

— Acudió el pueblo entero al ruido de las detonaciones. Yo perdí el sentido y caí gravemente enferma sin que hubiese medio humano de hacerme hablar hasta pasados que fueron más de quince días. Entretanto, Enrique, puesto ya en salvo y en camino de América, escribió una carta al juez diciendo que él era el autor de la muerte de César, por una imprevisión que le hizo que le

acometiera puñal en mano fuera de la cerca confundién-dole con un malhechor; que, después y queriendo remediar en lo posible su crimen, le había entrado en brazos dentro de la finca, pero que, al ver que todo socorro era tardío, había emprendido la fuga resuelto á refugiarse en América para huir de la pena que el tribunal habría de imponerle.

Yo fui objeto de reiterados interrogatorios, á todos los cuales respondí que no sabía sino que, al escuchar disparos, había salido al jardín en donde había encontrado el cadáver de César, perdiendo después el conocimiento. Abrevióse el proceso, merced á las declaraciones de Enrique y á las influencias de sus amigos, y pude, al cabo de algún tiempo, volver á Barcelona hasta recibir noticias suyas.

Yo quería vivir; vivir para el ser que llevaba en mis entrañas. En él se compendiaban todos mis amores, todas mis venturas. Dos años estuve sin tener noticias de mi marido; hasta que fui llamada á Veracruz para hacerme cargo de su considerable herencia. Enrique había muerto en un duelo por defender la legalidad de una jugada de Boston. Desde entonces vivo cómodamente, no por mí, sino por Cesarina, casi aislada, observando una conducta ejemplar. Ahora usted, en su conciencia, puede condenarme ó absolverme. Yo sólo confío en la misericordia de Dios.

— No puedo juzgar á usted — he contestado inmediatamente.— Pero ese manuscrito...

— Ese manuscrito desaparecerá. Nunca debí escribirlo y una debilidad inexplicable le ha puesto en las manos de usted. Pero usted es un caballero y, sobre todo, es un hombre honrado y no sacaré á luz mi verdadero nombre, si alguna vez hiciera de él una novela.

— Puede usted estar segura de ello — he contestado prontamente.

— Y ahora, amigo mío — ha dicho levantándose Octavia, — déjeme usted. No debemos volver á vernos. Ha penetrado usted en mi existencia demasiado.

— Pero...

— Lo exige el reposo y la felicidad de esa niña — ha insistido señalando á los cortinajes, tras los cuales descansaba la hija de César.

He estrechado la mano de Octavia y he salido, lleno de turbación, de pesar, de congoja, como si al abandonar aquel perfumado recinto, en que mi estancia había sido tan breve, experimentara un dolor verdadero y sintiera desvanecerse una bella y consoladora esperanza.

■■■■■■■■■■

## ÍNDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO. . . . .	7
PRIMERA PARTE	
I . . . Carnavalina . . . . .	21
II . . . De Octavia á César . . . . .	31
III . . . La patulea . . . . .	37
IV . . . Misericordias . . . . .	45
V . . . De cómo no duerme un asceta. . . . .	51
VI . . . Minerva en Delfos. . . . .	59
VII . . . El quinto cuarteto de Mendelssohn . . . . .	69
VIII. El fauno . . . . .	77
IX . . . De Enrique á Octavia . . . . .	87
X . . . Mientras se siegan las patatas . . . . .	89
XI . . . Conversación de un penitente, un niño y un loco. . . . .	97
XII . . . La fuente que habla y el pájaro que canta . . . . .	105
XIII. El símbolo . . . . .	115
XIV. Conjeturas . . . . .	121
XV.. Confiteor . . . . .	127
XVI. La madre y la fiera . . . . .	137